

damos inspeccionar y recorrer por sus distintas caras, sino que lo más que la Fenomenología nos ofrece son distintos signos o huellas inesquivables, que hemos de traspasar para columbrar a su través una realidad personal que acontece» (p. 167). En el primer capítulo de esta segunda parte se enumeran las notas del ser personal: la corporalidad, la futurición, el tener (tanto el habitar humano, como la posesión inmanente) y la relación (frente a la fusión y exclusión mutua características de los cuerpos físicos). Con todo, la «incomunicabilidad en sí misma junto a la apertura a lo que no es ella son las dos notas ontológicas que más señaladamente delatan a la persona» (p. 174). En este contexto se analiza la noción boeciana de persona, junto a las correcciones que Santo Tomás propone a la misma. Desde estos presupuestos de índole ontológica es posible acceder (en el segundo capítulo) al análisis de las distintas formas de relación interpersonal (desde los niveles más elementales de relación intencional hasta las formaciones comunitarias pasando por la comunidad familiar). Para terminar, el tercer capítulo de esta segunda parte se centra en la persona como realidad moral a través de dos hechos específicamente humanos: la responsabilidad y la promesa. Se concluye este capítulo con el tratamiento de la dignidad personal a nivel ontológico y moral, aspectos que se coimplican necesariamente, puesto que «adquirir dignidad moral sólo es viable en quien posee ya la dignidad ontológica definida que le posibilite adquirirla» (p. 264).

Con la breve síntesis apenas apuntada es fácil advertir la densidad filosófica de estas páginas que serán leídas con gran aprovechamiento por un público especializado y familiarizado con los problemas antropológicos abordados

desde una perspectiva fenomenológica. Sin duda una obra que enriquece el carácter especulativo de esta colección centrada en el pensamiento personalista contemporáneo.

José A. García Cuadrado

**Manuel GARCÍA MORENTE**, *La Filosofía de Kant. Una introducción a la filosofía*, Ediciones Cristiandad («Pensamiento y Teología»), Madrid 2004, 254 pp., 13 x 20, ISBN 84-7057-484-1.

El 12 de febrero de 1804 fallecía en Königsberg, la ciudad que también le había visto nacer, Inmanuel Kant. Varios y diversos han sido los gestos que con motivo de este bicentenario se han sucedido en nuestro país, pero acaso pocos pasarán tan escondidos y a la vez tendrán un influjo tan prometedor y hondo como la reedición con la que aquí nos encontramos. No exagera Juan Miguel Palacios cuando, presentando la obra, escribe de ella que es un libro excepcional. Y lo es, en efecto, a mi entender, al menos por tres motivos: el tema del libro, su autor y el significado mismo de la obra.

La doctrina filosófica que Kant legó al mundo hace doscientos años está llamada a ser, con independencia de que se esté de acuerdo con ella o no, un punto de referencia obligado para todas las futuras generaciones de filósofos. Se encuentran en ella no pocos vanos y puntos que con toda evidencia se han de rechazar, pero tanto por su ambiciosa profundidad como por su pulcro rigor resulta indiscutible la calidad filosófica del discurso de este «coloso de acero y bronce», en expresión de Scheler —gran admirador y a la vez implacable crítico de Kant—. Por otra parte, Kant ha configurado, quiérase o no, el

pensamiento moderno y contemporáneo; como ha escrito Alejandro Llano, «aunque no todos somos kantianos, todos somos postkantianos». Por ello, el estudio de la filosofía del prusiano resulta de extraordinaria utilidad —como sucede con los grandes pensadores clásicos— tanto para ejercitarse en el arte de la filosofía como para comprender las subterráneas líneas de fuerza del pensamiento actual.

En cuanto al autor, Manuel García Morente, basta con asomarse a cualquiera de sus escritos para apreciar enseguida dos notas de su discurso: su profundidad y su sencilla claridad. Esta rara combinación —propiciada por sus estudios de la filosofía de Bergson, el neokantismo de Marburgo, la primera fenomenología y su asiduo contacto con Ortega; a todo lo cual seguiría su conversión religiosa— ha hecho de García Morente el maestro de los mejores filósofos de una generación española. Y precisamente la presente obra, que no en vano subtitula y concibe como una introducción a la filosofía general, constituye uno de los máximos exponentes de esa misión. Ciertamente, al hilo de las tres críticas, el autor va describiendo didácticamente los problemas generales de la filosofía. No existe en castellano una exposición a la vez tan completa, clara y fiel de la filosofía de Kant como la que nos ofrece García Morente. A la vez que, con todo, no renuncia el autor a manifestar discreta pero resueltamente, sobre todo en el prólogo y en el epílogo, la necesidad de trascender el rígido sistema kantiano.

Así, pues, el significado que durante décadas tuvo la presente obra —que data de 1917—, y la figura misma de su autor, no fue otro que el propio lema de Kant, según el cual no se aprende filosofía; se aprende a filosofar. Como des-

cribe Palacios en la Presentación, en aquel tiempo buena parte de la filosofía española trataba de desarticular el idealismo kantiano desde dentro mismo, a la vez que se hacía fuerte contra el psicologismo y el relativismo decimonónico. Y concluye: «Hoy la filosofía se encuentra muy distante de aquella posición y a veces se diría que pretende volver anacrónicamente a la peor del siglo XIX. Quizá por eso el gesto espiritual de aquella generación se nos hace cada día más comprensible y ejemplar. Y también por eso sentimos la creciente necesidad de libros como éste».

Sergio Sánchez-Migallón

**Max SCHELER**, *Gramática de los sentimientos*, Ed. Crítica, Barcelona 2003, 230 pp., 16 x 23, ISBN 84-8432-415-X.

Resulta paradójico el hecho de que, en una época de indudable exaltación del sentimiento como la actual, haya sobre éste tan pocos estudios que merezcan este nombre, de lo cual no es difícil imaginar los frutos que cabe esperar, y que efectivamente vemos. No es raro, así, encontrar escritos o escuchar discursos que sostienen una concepción de la esfera afectiva más primitiva que la de Aristipo de Cirene, y a la que aventaja ya con mucho el mismo Epicuro. Tal vez sea este hecho lo que está provocando en nuestro país (y en otros, como Alemania o los Estados Unidos) un nuevo interés por el pensamiento de Max Scheler, materializado en la reedición de algunas de sus obras (como *Ética*, *Ordo amoris* o *El resentimiento en la moral*), la traducción de otras (como *Los ídolos del conocimiento de sí mismo*), o estudios sobre ellas (por ejemplo, en la *Revista de Occidente*). Y es a ese nuevo aire al que viene a sumarse *Gramática de los sentimientos*.